



Detalle/Detail: Imagen 1. Portada de *Architecture in Puerto Rico*. (Fuente: Architectural Book Publishing Company, 1965).

ARCHITECTURE IN PUERTO RICO (FRAGMENTOS)

ARCHITECTURE IN PUERTO RICO (FRAGMENTS)

José A. Fernández

Architectural Book Publishing Company, 1965.

PRESENTACIÓN

José A. Fernández sentó un precedente cuando escribió *Architecture in Puerto Rico* en 1965, con introducción de Efraín E. Pérez Chanis. Según explica Fernández, su edición daría a conocer la arquitectura moderna de la Isla ante el Norte, donde ya la obra de Toro y Ferrer era una de las excepciones que había merecido alguna portada de revista. En Puerto Rico, el libro estuvo antecedido apenas por artículos breves y esporádicos sobre la arquitectura y la ciudad.¹ La identidad de esta obra oscila entre una especie de protohistoria de la arquitectura moderna en Puerto Rico y una crónica de un pasado reciente y de un presente casi ejemplar de la profesión. En ella, Fernández presenta, a partir de un superficial examen del pasado, un muestrario de nuestra arquitectura moderna más meritoria.

Reproducimos y traducimos por primera vez estos fragmentos porque permiten accionar una reflexión sobre nuestra realidad. Ofrecen una oportunidad de evaluar con distancia histórica el optimismo desarrollista de la década del sesenta y sus resultados; repensar las funciones del diseño local; y analizar sus deberes, fracasos, expectativas y posibilidades en el contexto actual. Finalmente, exhortamos al lector a acercarse al texto original y a otros similares mediante una lectura atenta. Así, descubrirá, entre otros asuntos, cómo las arquitecturas denostadas u omitidas conformaron tanto o más el discurso moderno como las arquitecturas sí incluidas y destacadas.

FOREWORD

José A. Fernández set a precedent when he wrote *Architecture in Puerto Rico* in 1965, with an introduction by Efraín E. Pérez Chanis. According to Fernández, his edition would reveal the modern architecture of the Island to the North, where the work of the architectural firm Toro y Ferrer was one of the exceptions that had deserved a magazine cover. The identity of this work sways between a protohistory of modern architecture in Puerto Rico and a chronicle from a recent past to an almost exemplary contemporaneity of the profession. In it, Fernández presents, through a superficial study of the past, a sample of our more meritorious modern architecture.

We reproduce and translate for the first time these fragments because they allow us to elicit a reflection on our reality. They offer an opportunity to evaluate the developmental optimism of the sixties and its results with historical distance; rethink the functions of local design; and analyze its duties, failures, expectations, and possibilities within the present-day context. Finally, we urge the reader to approach the original text and similar ones through a careful and cautious reading. This way, the reader will discover, among other things, how the reviled or omitted architectures conformed as much or more the modern discourse as did the architectures that were included and highlighted.

PREFACIO

“Es el arquitecto quien, a través de su sabiduría e imaginación, debe ser quien cree una atmósfera bella en la ciudad o en el campo.”

—Sir Winston Churchill

No hace mucho tiempo atrás, Puerto Rico era considerado como una isla pequeña, distante, aparentemente insignificante, produciendo poco más que azúcar y tabaco. Hoy [en 1965], se le otorga importancia y dignidad. Esta gaviota dormida en el mar de espuma blanca ha despertado. Unos veinte años o más atrás, la gente de la isla se dio cuenta de que su situación era insostenible, que la economía de Puerto Rico debía cambiar para mejorar si se disponían a reclamar su debido lugar en el mundo avanzado.

El problema que enfrentaban era intimidante. Suyo era un país sobrepoblado, con poca tierra para una agricultura adecuada y escasos recursos para la manufactura. Sin embargo, con un gobierno estable y progresista alentando la inversión sólida y ofreciendo los esfuerzos decididos de un pueblo inteligente y trabajador, el “milagro de Puerto Rico” nació —y aun está creciendo y desarrollándose—.² Este llamado milagro trajo cambios radicales a la vida de la Isla. El progreso económico y social ha sido asombroso. Los logros de Puerto Rico en campos tales como la salud, la educación, la vivienda, las obras públicas y la industrialización la han hecho “la vitrina de la democracia”³ en el Caribe. Cientos de visitantes de muchos países vienen a esta isla cada año a observar su gran progreso y los métodos utilizados para lograrlo. Fábricas, escuelas, proyectos de vivienda pública, hospitales son imanes para la atención y el estudio.

El gran poeta puertorriqueño, Gautier Benítez, llamó a esta isla “la hija del mar y el sol”. Y así es. La luz del sol y los suaves vientos alisios hacen que el clima de la isla sea encantador la mayor parte del año. Los multitonales azules y verdes del mar, sus olas cubiertas con guirnaldas de blanco algodón rompiendo y rodando sobre las doradas arenas de playas rodeadas de verdos acentúan su belleza. La tem-

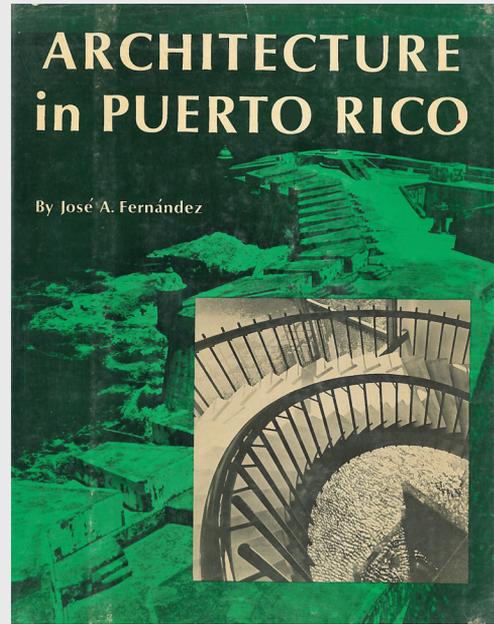


Imagen. Portada de *Architecture in Puerto Rico*. (Fuente: Architectural Book Publishing Company, 1965).

peratura media a lo largo de la costa varía desde 74°F, noviembre-abril, hasta 80°F, mayo-octubre. Más lluvia cae entre mayo y diciembre que durante el resto del año, aunque no hay una verdadera temporada de lluvia. Rara vez se portan impermeables y paraguas. Los súbitos aguaceros a lo largo de la costa son breves, y seguidos inmediatamente por la brillante luz del sol. Hay una gran variedad de plantas y las flores brotan a lo largo de todo el año. La Naturaleza pródigamente ha conferido belleza a Puerto Rico.

Las condiciones culturales, económicas, sociológicas y políticas que prevalecen en cualquier país se reflejan en su arquitectura. Nuevos materiales, la tecnología avanzada y los cambiantes métodos de construcción siempre han influido el diseño. No obstante, los principios básicos de arquitectura han sido siempre los mismos a través de las épocas. El *buen diseño* es verdadero y la verdad es una y eterna.⁴

¿Cuan “verdadera” es, pues, la arquitectura en Puerto Rico? Lo que Russell Lynes ha dicho, al escribir en *Harper’s Magazine*, sobre la arquitectura en Estados Unidos es aplicable también a Puerto Rico. Según el Sr. Lynes, solo alrededor del doce por

ciento de los edificios en Estados Unidos es diseñado por arquitectos: “el resto es gestionado por contratistas y constructores, a veces pegando unos cuantos clichés contemporáneos, a veces no, tal y como lo hacían hace un siglo o un poco más atrás, antes de que la profesión de la arquitectura se hubiera establecido en América”.⁵

Solo en los últimos veinte años o así —y en espacial los últimos diez años— la función del arquitecto ha sido reconocida en Puerto Rico. Incluso hoy, el arquitecto es considerado por muchos como un asistente caro e innecesario en el proceso de edificación cuando otro —constructor, contratista, delineante o, quizás, haciendo una concesión especial, un recién graduado de arquitectura— es considerado como “lo

Cada vez más durante los últimos años, en Puerto Rico como en todas partes, la práctica grupal ha entrado en acción en la profesión de la arquitectura. El arquitecto se da cuenta de que hay una ventaja en practicar no como individuo sino como miembro de un grupo, no solo para producir una imagen de importancia en las mentes del público sino también para crear con su trabajo una impresión fuerte en el ambiente. El arquitecto de antaño, el practicante romántico de ayer, se ha quedado a medio camino. Hoy, el arquitecto se ha convertido en un coordinador de muchas agencias, de otras profesiones, y su control personal sobre el diseño ha sido considerablemente reducido —demasiadas personas tienen demasiado que decir al respecto—. El diseño por

«En todo este floreciente crecimiento y desarrollo, la pregunta debe ser formulada: ¿la arquitectura está haciendo su trabajo en Puerto Rico?⁸ [...] ¿El clima es entendido, de manera tal que los edificios sean diseñados para tener en cuenta este factor?»

suficientemente bueno” para el proyecto, y disponible por un honorario menor. Así, muchas de las calles de Puerto Rico están alineadas con edificios de reciente cosecha, mal diseñados y disfuncionales, resultado del fracaso de no utilizar servicios arquitectónicos profesionales.

La función del arquitecto está cambiando, es cierto; la sociedad está tornándose tan compleja que a este se le hacen peticiones que nunca antes se le habían hecho. Anteriormente, antes solo le preocupaba un edificio o un conjunto de edificios en una especie de vacío ambiental; su principal interés era que la estructura durara tanto como fuera posible, sin considerar nunca que las cambiantes condiciones lo podrían tornar obsoleto. Hoy, tiene que ser economista, o debe consentir dejarse guiar por uno; debe tomar en consideración factores ambientales y sociales generales, estudiar los problemas de masas de gente, luchar por espacios abiertos en ciudades llenas de gente, preocuparse por los arrabales y trabajar con comités y más comités, cuyos miembros pueden tener la determinación de dictar, o al menos controlar, el diseño.

comité se ha convertido en la regla, una situación que milita contra los preceptos de la buena arquitectura.⁶ Frank Lloyd lo ha explicado así:

“Cada técnica del hombre debe ser la suya propia, su propia forma de adelantar sus ideas. Ser inspirado por la mente creativa de otro es una cosa, pero desarrollar nuestra propia idea para crear verdad por nosotros mismos es lo primordial. La imitación es el freno del espíritu.”⁷

La carrera por la construcción en Puerto Rico va a un ritmo agitado. Todos desean comprar terrenos o tener una opción sobre algún terreno para levantar un edificio que traiga beneficios a la inversión. Expertos en todos los campos están comprometidos: arquitectos, ingenieros y planificadores producen proyectos preliminares, se descifran costos, se elevan las esperanzas —y luego el proyecto sobre el que se colocó tanto tiempo valioso así como en el que se invirtió tanto dinero puede o no ser realizado—. Muchos se dejan en suspenso, algunos incluso son abandonados. Afortunadamente, para todos los implicados, gran parte del trabajo es completado eventualmente.

«Prácticamente, toda la "arquitectura" existente, excepto en algunos pocos casos, es de carácter pragmático, muy poca personalidad y estéticamente lo peor; la razón es la economía mal entendida.»

En todo este floreciente crecimiento y desarrollo, la pregunta debe ser formulada: ¿la arquitectura está haciendo su trabajo en Puerto Rico?⁸

¿El clima es entendido, de manera tal que los edificios sean diseñados para tener en cuenta este factor? La solución usual –dotar a la estructura de acondicionadores de aire– a veces es la única que se puede poner en práctica: pero en muchos casos la ventilación apropiada puede ser lograda con el uso inteligente de las condiciones naturales. La intensidad del calor dentro de un edificio puede ser minimizada mediante el control del calor solar, protegiéndolo de los rayos directos de la luz del sol.

En cualquier país, los materiales de construcción utilizados dependen del costo, la disponibilidad, de cuán pronto se hagan entregas, y del conocimiento y experiencia en su manejo que de ellos tenga el constructor. En Puerto Rico, el hormigón se ha prestado al uso inmediatamente en muchas y variadas formas.

Si bien ha habido un gran cambio para mejorar en la economía de la Isla, se espera que aun se produzca otro más, cuando la abundancia será el medio para realizar más plenamente nuestra concepción de belleza. Como Thomas S. Marvel, arquitecto practicante en Puerto Rico, ha dicho:

De la naturaleza única de Puerto Rico debe provenir una arquitectura, no estilizada localmente, sino lógicamente bien pensada. Lo que es mejor para el clima, los materiales a mano, el modo de vida. Este es nuestro reto e intentamos contestar estas preguntas en nuestros diseños con mayores esperanzas que las de meramente encontrar un estilo, sino una verdadera arquitectura para Puerto Rico.

José A. Fernández

INTRODUCCIÓN⁹

Por Efraín E. Pérez-Chanis

Arquitecto, planificador urbano y editor de *Urbe*

Sin pretensión ni amplificación, la arquitectura ha dejado en la isla de Boriquén ejemplos sencillos de valor positivo, espacial, estético e histórico.

Todos sus logros importantes, desde un punto de vista arquitectónico, contienen un incuestionable ingrediente que los ata al paisaje y la geografía de esta pequeña isla de las Antillas, localizada 18-15 Lat. N. 66-25 Long. O., limitando al norte con el Océano Atlántico y por el sur con el Mar Caribe, el Mediterráneo del continente americano.

En un área de cien por treinta y cinco millas que contiene la topografía de Puerto Rico, llena de textura y color, estas obras se han logrado, no tan importantes como aquellas llevadas a cabo en el campo del arte y la historia en otros lugares de la América hispana, sino de un valor definitivo como una expresión de personas, eventos históricos y determinación geográfica.

La isla, llamada Boriquén antes de su descubrimiento por Cristóbal Colón en 1493, fue un punto de contacto entre las culturas aruaca y siboney de las Antillas Mayores del oeste, la cultura taína de esta región y la más beligerante de los Caribe en el este y el sur. Esta condición, debido a influencias e inestabilidad, creó malestar y pobreza entre los nativos primitivos, hombres de trabajo y paz.

Después de su descubrimiento, San Juan Bautista de Puerto Rico, el nombre dado a la Isla, se desarrolló como una colonia española, económicamente pobre, pero estratégicamente importante para la defensa de las colonias en el continente y para vigilar los cargamentos provenientes de "Porto Belo"¹⁰, Panamá, con oro de Perú. En su ruta hacia España, los barcos [que] navegaban el Mar Caribe como una primera etapa en su viaje usaron Puerto Rico como protección contra bucaneros y piratas europeos, y como un bastión militar y punto de reaprovisionamiento en su arduo viaje sobre el gran Atlántico.

De este modo, en este ambiente, económicamente humilde, se encuentran obras arquitectónicas verdaderamente solidificadas de interés funcional, plástico e histórico, cuyo principal elemento es la simplicidad, un factor que definitivamente los sitúa en la historia de la arquitectura en Puerto Rico y en el Caribe.

Para nosotros, la primera obra importante de arquitectura y urbanismo en Puerto Rico tuvo lugar en la época precolombina. Los indios taínos lograron el diseño de plazas ceremoniales (plazas públicas) en los sitios arqueológicos de Caguana, cerca de Utuado, un pequeño pueblo en las montañas en el centro de la Isla. Este momento arqueológico, de apreciable tamaño, consiste de una serie de plazas rectangulares, cuadradas y circulares, donde los indios presentaban complicadas ceremonias religiosas y practicaban deportes, con pelotas de caucho vegetal, del mismo modo en que lo hacían los mayas de Centroamérica. Fragmentos de madera, desenterrados en estos sitios y analizados en los laboratorios de carbono radioactivo de la Universidad de Yale, muestran que en algunos sectores de estas plazas, se erigían viviendas rústicas de madera primitiva cientos de años antes del descubrimiento de la Isla.

El alineamiento de grandes monolitos, con bajorrelieves de figuras mitológicas y un plan urbano ordenado indican un alto grado de excelencia en el intelecto creativo de los puertorriqueños primitivos. Estas plazas y el abundante legado arqueológico de los taínos precolombinos dan comienzo a la hermosa tradición del arte tridimensional útil en la isla de Puerto Rico.

Si los estudios arqueológicos prueban la importancia de plazas ceremoniales, desde un punto de vista arquitectónico y urbano, el valor también es demostrado, desde un punto de vista social, de un "batey" típico, un patio para las reuniones comunales de los nativos, aun existentes en los campos de Puerto Rico. La plasticidad escultural de los "cemíes", estatuas, bajorrelieves, trabajos manuales y joyería describen la riqueza creativa del "Boricua" primitivo.

La colonia española arranca este plácido velo e inicia su labor de civilización [sic]¹¹

en las manos de militares, aventureros y religiosos. Puerto Rico cambia su rostro y se convierte en un área de defensa militar. Desde aquí en adelante, sus obras arquitectónicas caen en manos de ingenieros militares y algunos visionarios, maestros de obra y aficionados. De la época colonial, se destacan las imponentes obras de las fortificaciones y castillos que han defendido San Juan de Puerto Rico. Los castillos de San Felipe del Morro y el de San Cristóbal, situados en el área antigua del San Juan metropolitano, son joyas incuestionables de arquitectura militar en esta colonia española. El capitán Pedro [de] Salazar, los ingenieros militares Francisco [Fernández] Vandelomar, Tomás O'Daly y un hombre de gran prestigio, Juan Bautista Antonelli, aportaron sus técnicas, buena voluntad y arte a estas obras, consagradas por la historia.

El pequeño castillo del Cañuelo, situado en la costa frente a El Morro y el Castillo de Isabel Segunda, en Vieques, completan las obras arquitectónicas militares más prominentes en la colonia. La planificación de encantadores pueblos, como San Germán, Hormigueros y otros, la calidad de la arquitectura civil y algunos pueblos coloniales, y sobre todo, aquel en el casco del Viejo San Juan, muestran cómo la simplicidad, el orden y la sensibilidad pueden lograr bellas combinaciones y magníficas perspectivas sin tener la monumentalidad de lugares históricos reconocidos mundialmente. En la arquitectura religiosa de esa época, existen muchos ejemplos dignos del común denominador de aquello que es simple y puro: Porta Coeli en San Germán, la iglesia de San Francisco, la catedral, los edificios de San José, la iglesia y el monasterio de los dominicos en el Viejo San Juan.

Otra nota, llena de sensibilidad y poesía, es la espontaneidad e ingenuidad de las "haciendas" y pueblos de la Isla. Estas obras están llenas del encanto de adornos calados en madera, de tragaluces de vidrio multicolor, de los hospitalarios balcones llenos de balaustradas y de obras en hierro fundido, reminiscentes del Nueva Orleans colonial, o del "Art Nouveau", y la encantadora atmósfera de los techos de vigas de "ausubo", una madera nativa que

es muy dura, y de obra de mampostería, que caracterizan este tipo de arquitectura, tan agradable, tan sentimental y tan cercana a “La Danza” y el folclore nativo.¹²

Este tipo arquitectónico se destaca más prominentemente en los pueblos de la zona sur del Caribe: Ponce, Guayama, Arroyo, Guánica y otros. La influencia de corsos, inmigrantes franceses y otros desde Nueva Inglaterra proveyeron toques vitales que, combinados con la imaginación nativa, lograron creaciones reales de originalidad y poesía, con imitaciones de “victorianismo” y “Art Nouveau Creole”.

En 1910, en Puerto Rico, se inicia un periodo interesante, debido a la llegada desde

peligro de sucumbir en las manos de inversores sin sensibilidad que desean reconstruir en estas costosas parcelas de terreno donde existen estas valiosas piezas de arquitectura histórica en Puerto Rico.

La mansión Georgetti está prácticamente destruida por las manos de los propietarios ambiciosos que mutilaron la obra tal vez más importante del arquitecto para crear un espacio para estacionamiento y venta de automóviles. El último edificio que permanece intacto, la residencia Korber, en Miramar, se usa en el presente como sinagoga judía. Existen planes para demoler este último vestigio de la obra de Nechodoma para erigir una sinagoga “moderna”. Veremos si esta comunidad

«En la Isla, aquellas características arquitectónicas que florecerán serán las que traten con los fenómenos de los huracanes, el sol, la lluvia, los terremotos y, de hecho, con la geografía de la Isla y su localización en el Caribe. Esta arquitectura no puede tener una nacionalidad, pero debe ser, como debe ser, un producto de la región en la cual se localiza.»¹⁵»

Santo Domingo del arquitecto checoslovaco, Antonín Nechodoma, un graduado de la Universidad de Praga. Éste había vivido en Estados Unidos de América y en su *curriculum vitae* incluyó su amplio trabajo realizado en la oficina de Louis Sullivan en Chicago. El tutelaje de este renombrado pionero de la “arquitectura internacional” creó una fuerte impresión en Nechodoma, un posible colega de Frank Lloyd Wright.

El trabajo logrado por Nechodoma entre 1910 y su trágica muerte accidental en 1928 es de importancia definitiva en la cultura de principios de siglo en Puerto Rico. La misteriosa afinidad de formas y conceptos de su arquitectura está indescriptiblemente enlazada a la primera etapa de Frank Lloyd Wright (1900-1910): Casa Robie, Casa Helen Husser, Casa Harley Bradley, etc.

Con su arquitectura, Antonín Nechodoma influyó al practicante inexperto y los arquitectos de su tiempo en la Isla, hasta su muerte prematura. Desafortunadamente, sus estructuras están desapareciendo sin dejar registros escritos o gráficos sobre éstas. Durante su vida en la Isla, casi cien estructuras fueron erigidas, de las cuales solo muy pocas permanecen y están en

comete los mismos errores que otros, demolidores y vándalos de monumentos históricos.

Después de años de depresión en la década del treinta, cuando la privación y la pobreza regían la Isla, la arquitectura moderna en Puerto Rico dio inicio unida fraternalmente a la presente dinámica de desarrollo de la economía de la Isla. La revolución industrial de la Isla lo ha dominado todo, hasta el presente, con un solo punto de vista dirigido hacia la economía. Prácticamente, toda la “arquitectura” existente, excepto en algunos pocos casos, es de carácter pragmático, muy poca personalidad y estéticamente lo peor; la razón es la economía mal entendida.

La ciudad capital ha crecido desesperadamente con tendencias macrocéfalas; los agricultores abandonan sus tierras y buscan las fábricas en los pueblos y en las ciudades grandes, los arrabales aumentan y nuevas urbanizaciones crean una dispersión urbana y una arquitectura decadente, desde catálogos, que mutilan gravemente el paisaje en la Isla.

Desafortunadamente, no ha sido posible crear, hasta la fecha, una Escuela de

Arquitectura, bien concebida y capaz de tratar debidamente con los problemas autóctonos. El potencial creativo de muchos hombres jóvenes, posibles arquitectos, es desperdiciado en otras obras, como un sucedáneo de sus verdaderas vocaciones.¹³ Así, muchas de las obras arquitectónicas son realizadas por pocos puertorriqueños y arquitectos extranjeros que residen en la Isla y por muchos ingenieros, forzados por necesidad a fungir como "arquitectos". El resultado, hasta hace muy poco tiempo atrás, ha sido arquitectura homogénea, sin personalidad, que sigue en muchos casos, debido al gusto popular, el patrón y malas reproducciones de arquitectura mediocre y decadente que existe en muchos lugares de Estados Unidos de América, en lugar de estar inspirada por buenos ejemplos de la mejor arquitectura del Norte.

En medio de la confusión creada por la ignorancia, casi general, de qué es la arquitectura, ignorancia que existe debido a la ausencia de una completa Escuela de Arquitectura en la Isla, el trabajo de varios arquitectos genuinos continúa sin cuestionarse. Con cada día que pasa, los verdaderos arquitectos de la Isla demuestran el significado, el mensaje de qué es la arquitectura verdadera, y qué significa su labor para el bien y el prestigio que Puerto Rico disfruta hoy en el mundo.

Definitivamente, aquello que muchos insisten en llamar, o se esmeran buscando, *la llamada arquitectura puertorriqueña, no existe hoy*.¹⁴ Pensamos que lo que existe hoy, salvo algunos ejemplos edificantes, es un poco de arquitectura internacional y una gran influencia de practicantes de gran prestigio que están "en boga" en el presente en Estados Unidos de América.

En la Isla, aquellas características arquitectónicas que florecerán serán las que traten con los fenómenos de los huracanes, el sol, la lluvia, los terremotos y, de hecho, con la geografía de la Isla y su localización en el Caribe. Esta arquitectura no puede tener una nacionalidad, pero debe ser, como debe ser, un producto de la región en la cual se localiza.¹⁵

Hoy, la arquitectura contemporánea de Puerto Rico tiene grandes ejemplos basa-

dos en la simplicidad y gran plasticidad, típica de los artistas nativos. Esta prominente arquitectura está en las manos de verdaderos arquitectos, creadores de magníficos edificios, de quienes grandes logros se esperan en el futuro.

Gracias a la maravillosa obra de eminentes arquitectos como Osvaldo Toro, Miguel Ferrer, Henry Klumb, pioneros y maestros, junto a otros, nuestros valores arquitectónicos disfrutan de prestigio internacional.

Los hoteles de Toro y Ferrer, los edificios de la Universidad y las iglesias de Klumb, juntamente con una abundancia de obras de otros importantes arquitectos, ya colocan a Puerto Rico como tierra fértil para el florecimiento de grandes obras de arquitectura en el futuro cercano. El digno trabajo logrado y la tradición técnica y artística del arquitecto de Puerto Rico lo garantizan. ■

P

JOSÉ A. FERNÁNDEZ fue arquitecto y diseñador de interiores puertorriqueño. Nació el 21 de diciembre de 1898 y murió el 20 de junio de 1975. Se educó en la Escuela Superior Central de Santurce y prosiguió estudios en arquitectura en la Universidad de Syracuse y la Universidad de Columbia. En esta última y en otras universidades también impartió clases. Desde la década de 1920, tuvo práctica como arquitecto en Estados Unidos. Fue miembro del AIA (desde 1944), así como de otras instituciones ligadas al gremio. Su valor como diseñador y divulgador de la arquitectura fue reconocido con numerosos premios y distinciones.

EFRAÍN E. PÉREZ CHANIS fue arquitecto, divulgador y crítico del arte de origen panameño, radicado en Puerto Rico. Nació en 1920 y murió en 2005. Se graduó en 1950 de la Universidad de Panamá y colaboró con el taller de Le Corbusier en 1952. Fue decano de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Puerto Rico, por cuya fundación abogó desde la revista URBE (1962-1973), en la que escribió conjuntamente sobre: arquitectura, planificación, diseño urbano y arte moderno. Fue también autor de la sección dedicada a la arquitectura puertorriqueña en el noveno volumen de *La Gran Enciclopedia de Puerto Rico*.

NOTAS

1. Algunos artículos precedentes estuvieron también orientados indirectamente a promover la propia obra del autor. Este fue el caso, por ejemplo, de Antonín Nechodoma (Nechodoma, Antonín. "Arquitectura y arquitectos en Puerto Rico", en *El libro de Puerto Rico*, Eugenio Fernández y García, ed., El libro azul Publishing Co., 1923.). La *Revista del Instituto de Cultura*, que desde su primer número en 1958 dedicó espacio especialmente a la arquitectura y su restauración, hizo otro tanto con la obra dirigida por Ricardo Alegría.
2. Fernández se refiere al progresismo adjudicado a muchas de las políticas de los primeros dos gobernadores puertorriqueños, ambos del Partido Popular Democrático.
3. El lema fue frecuentemente utilizado por los medios de la época en que se publica *Architecture in Puerto Rico*, sobre todo, luego de la primera fase de cambios políticos y socioeconómicos de la década de 1950. Entre los textos más tempranos: Harold Underhill. "Puerto Rico: a Showcase of Democracy", *The Diplomat*, enero de 1961; y Eduardo Seda Bonilla. "La cultura y el desarrollo económico: el caso de una comunidad puertorriqueña", *Revista de Ciencias Sociales*, vol. 7, núms. 1 y 2, 1963.
4. El enunciado hoy despierta suspicacia por el absoluto, y requiere atención. El concepto de *buen diseño*, "gute form" o "good design", como se denominó entonces, hace referencia en esta época a la institucionalización del lenguaje y las técnicas modernas, celebrada por los arquitectos y diseñadores afines bien al Movimiento Moderno, al llamado "estilo internacional" o sus incipientes interpretaciones regionalistas. El énfasis es de nuestra edición.
5. Fernández se refiere al editor y crítico de la revista *Harper's Magazine* Russell Lynes. En dicha revista, no solo se realizaron críticas sobre la arquitectura de Estados Unidos, también de la arquitectura y el espacio urbano de Puerto Rico. Fue una de las muchas publicaciones estadounidenses que se dedicaron a exaltar los cambios socioeconómicos de Puerto Rico bajo la influencia estadounidense.
6. El autor se expresa con ambigüedad sobre el trabajo en comité (una práctica frecuente en gran parte de las ramas del diseño de la época, no solo en Puerto Rico) decantándose finalmente por el individualismo pregonado por F.L. Wright.
7. Esta reflexión aparece en Frank Lloyd Wright, *Genius and the Mobocracy*, (1ra. ed. 1949), 1971, p. 21.
8. El énfasis es de nuestra edición.
9. Reproducimos este texto traducido con el permiso concedido por la Dra. Carmen Pérez Herranz, a quien extendemos nuestro agradecimiento.
10. El autor utiliza las comillas indistintamente para destacar algunos términos en otros idiomas, nombres de movimientos o enfatizar con ironía una palabra. Estos signos no se han eliminado, si bien la restante puntuación original se ha modificado en caso necesario.
11. El autor se refiere al proceso de colonización, aunque

- para entonces (fuera por descuido, por costumbre o por posicionamiento filosófico) era un lugar común atribuir el estado de civilización solo a la cultura europea.
12. Los adjetivos de Pérez Chanis connotan que la arquitectura vernácula, si bien tenía atributos, quedaba en un marcado segundo plano como patrimonio edificado.
 13. Pérez Chanis aprovecha una vez más para insistir en lo que fue uno de los reclamos más importantes en su tarea difusora: la creación de la primera escuela de arquitectura en Puerto Rico. Como se desprende, la profesión era tradicional y mayormente un espacio masculino de producción y el autor, al menos en este texto, no parecía prever cambios en este aspecto.
 14. El énfasis es de nuestra edición.
 15. El reclamo de Pérez Chanis se inserta en la réplica que supuso el regionalismo crítico ante el llamado "estilo internacional".